

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 5.—15 de Mayo de 1870.

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. 1, 4, 8.)*

## LA CARIDAD EN ESPAÑA.

*El Hospital General de Madrid.*

### ARTICULO CUARTO.

Al pedir reformas para el Hospital General de Madrid, tenemos que sujetarnos á una condicion que las hace muy difíciles; la de no proponer medida alguna que necesite dinero para llevarse á cabo: en el estado de penuria actual, sería absurdo querer mejoras que supusieran abundancia, ó cuando menos desahogo. Dejaremos para circunstancias mas favorables la larga lista de las que deberian plantearse si hubiera fondos, limitándonos á indicar aquellas que no necesitan mas que buena y firme voluntad.

El orden entre los facultativos, empleados, enfermeros y dependientes de todas clases, depende de una buena organizacion, de un buen reglamento, y de un Director que le haga cumplir: el orden, tratándose de los enfermos, no es tan difícil de establecer, y á él creemos que podrian contribuir las medidas siguientes:

1.<sup>a</sup> Toda persona empleada en la casa tendria una papeleta en que así constara, para que en el caso de no ser conocida del portero, la presentase á la entrada ó á la salida. Toda persona que visitara el Hospital recibiria una papeleta al entrar, y no podria salir sin devolverla. Con esta medida, que es bien sencilla, se evitaria que los convalecientes salieran los dias de entrada confundidos con el público, y cometiesen escesos fatales á su salud. Tambien se evitaria la repugnante é inmoral industria de los que entran en el Hospital para vestirse, y se salen sin autorizacion de nadie, cuando han logrado una camisa nueva, y tal vez escamoteado una sábana.

2.<sup>a</sup> Establecer salas de convalecientes. Esta medida tiene, á nuestro parecer, mucha importancia en muchos conceptos. Ya que no sea posible, por la falta de recursos, crear una casa de convalecencia, que tanta falta hace, establézcanse al menos en el Hospital salas de

convalecientes, lo cual puede hacerse con mucha utilidad y muy poco trabajo. ¿Por qué los convalecientes han de estar respirando el aire inficionado de las enfermerías, y viciándolo á su vez? ¿Por qué ha de contraer una fiebre tifoidea el que no le faltaba mas que recobrar un poco de fuerza para gozar de completa salud? ¿Por qué ha de comer allí, y tal vez dar á vender su racion á un enfermo á quien le hará daño? ¿Por qué han de estar ociosos, pudiendo ocuparse en algun trabajo proporcionado á sus fuerzas, que al mismo tiempo que evitase los inconvenientes de la ociosidad, les proporcionaria algun recurso cuando salieran? ¿Por qué han de estar sujetos al régimen y orden de las enfermerías en muchas cosas? ¿Por qué el convaleciente no ha de descansar por la mañana hasta la hora que señale el médico, en vez de ser despertado antes que salga el sol por los que abren las ventanas y hacen la policia mas repugnante de las enfermerías, que no es necesaria en las salas de convalecientes? Podria escribirse un tomo de los males que resultan para todos, de que los convalecientes estén confundidos con los enfermos: creemos que con los que hemos indicado, se convencerá cualquiera de la conveniencia de una reforma que no necesita mas que querer llevarla á cabo, y de la cual podrian resultar algunas economías, porque las salas de convalecientes exigen menos personal para la asistencia.

Cuéntese el número de enfermos y convalecientes, y en la proporcion que resulten, señálense salas para unos y otros. Así que un enfermo esté en estado de pasar á convalecientes, reciba el pase del médico, y sin él, no salga ninguno de la sala.

Sujétense los convalecientes al orden y régimen que establezca el facultativo, y no salgan de las salas sino los que él diga que pueden salir, á las horas que disponga; y entonces salgan á dar un paseo, custodiados por personas de respeto que no les permitan cometer excesos. La Diputacion provincial puede hacer esta importante reforma sin gastar un céntimo. Hay otra cosa que no puede hacer, bien al menos, y que deberia ser obra de la caridad privada.

¿No sería posible establecer una sociedad *Protectora de los convalecientes*, que hiciese algo de lo mucho que material y moralmente puede hacerse por ellos? Si la caridad acudiera á auxiliarlos, saldrían del Hospital mejores, en vez de salir peores, como ahora sucede. Repetimos lo que hemos dicho en otro lugar. «El enfermo y el convaleciente se hallan bien dispuestos para escuchar al que les recuerda sus deberes. La enfermedad espiritualiza al hombre; el dolor le hace entrar en sí mismo; la proximidad de la muerte, le hace comprender la nada de la vida.»

Si la Diputación Provincial estableciera salas de convalecencia, volveríamos á hablar de la sociedad que debería protegerlos; si no, es materialmente imposible que funcione, y no hay para qué tratar de ella.

El orden en el personal, tanto facultativo, como de asistentes y empleados, es mas difícil de establecer: exige reformas, algunas de las cuales necesitan tiempo, y bastante tiempo: pero si se empezara á marchar por el buen camino, aunque se fuera despacio, se llegaría al término apetecido.

Empiécese por pensar si un Director del Hospital general de Madrid, donde hay tantos abusos que corregir, debe ser un hombre que cambie con la dinastía ó el ministerio; que tenga mucho color político y ninguna idea de lo que debe ser un hospital; que no sepa nada de lo que para tal cargo se debe saber; que se ocupe poco de lo que allí debe absorber toda la atención; que no tenga firmeza de carácter; y que por todas estas razones carezca del prestigio que necesita para que cada uno cumpla con su deber. En teoría, nadie dirá que tales deben ser las circunstancias del jefe de un establecimiento tan necesitado de reformas; pero en la práctica, y con pocas excepciones, se ha respondido afirmativamente.

Es una verdadera desgracia que entre nosotros se tengan en poco ciertos cargos en los ramos de beneficencia y prisiones, que en otros países desempeñan las personas mas consideradas. No obstante, nos parece que sería fácil modificar la opinion en este punto; y limitándonos por hoy al Director del Hospital General, tendría el prestigio necesario si se nombrase una persona respetable y respetada, de carácter firme, y á la cual se señalara un sueldo proporcionado á su categoría, mérito y trabajo. Esta persona creemos que debería ser un médico, por la misma razon que un militar manda una fortaleza, y además por otras. El Director del Hospital debe visitar mucho las salas de enfermos, lo cual es difícil entre nosotros no siendo médico. Debe ser el jefe legal y moralmente de todo el personal, incluso el facultativo, lo cual es muy difícil tambien si no es competente, y al mandar, no sabe bien lo que manda. Creemos, pues, que el Director del Hospital debe ser médico, y séalo ó no, que debe ser una persona respetable y respetada, de carácter firme, de categoría, con sueldo proporcionado á ella, y que no pueda ser separado sin formación de expediente. Debe tener mas atribuciones que hoy tiene; por ejemplo, sin la facultad de suspender de empleo y sueldo á mozos y auxiliares subalternos, poco ó nada temerán de él, y en el estado en que está el Hospital, no se puede establecer algo que se parezca á orden sin recurrir al temor. Sin autoridad fuerte, no es posible reformar grandes abusos.

Pero el temor solo no es elemento fecundo, para nada bueno: dése la esperanza, dése la seguridad de que el que cumpla bien será mantenido en su puesto; pídanse informes antes de hacer los nombramientos; ténganse en cuenta los antecedentes, y que siquiera no estén al lado de los pobres enfermos, para auxiliarlos, personas que recuerda uno haber visto en la cárcel.

Tampoco puede tolerarse que los destinados á cuidar á los enfermos sean amortajadores. Sin tratar de investigar las causas, diremos que es un efecto de todos sabido, que manejando los muertos habitualmente, se endurece el corazon para con los vivos. Organícese el servicio, de modo que las personas destinadas á la limpieza en lo que tiene de mas repugnante, sean los que amortajen, y que no toquen ni tengan nada que ver con los enfermos. Además de que, como hemos dicho, endurece manejar muertos habitualmente y por oficio, repugna á una pobre enferma recibir el alimento ó la medicina de la misma muger sucia y repugnantísima, que acaba de ver con el pañuelo puesto del modo que indica que va á amortajar, y en la mano las tijeras para cortar el pelo á la difunta.—¡Pronto cortarás el mio!—dice con indefinible espresion de amargura, una infeliz que no tiene esperanza de recobrar la salud. ¿Por qué ha de hacerse mas triste la suerte del pobre enfermo con estas amarguras que tanto mortifican, y podian evitarse con un poco de humanidad y de respeto al dolor?

Hermanas de la Caridad, enfermeras, Obregones, practicantes, enfermeros, mozos, obedeciendo cada uno á distintas tendencias, teniendo diferentes ideas y móviles, sin gerarquía bien establecida, ni orden severo, ni disciplina inflexible, son elementos harto heterogéneos y discordes, y tenemos por imposible que con ellos sea el Hospital lo que debe ser.

Se necesita una reforma radical en el personal de los que asisten á los enfermos. La Diputacion provincial no puede improvisarla, ni aun llevarla á cabo; pero con su influencia lograria tal vez que la iniciase el Gobierno, á cuya esfera pertenece. Vamos á citar testualmente lo dicho sobre este punto por el Sr. D. Miguel Blanco Herrero (1), con cuya opinion en lo esencial estamos enteramente conformes, aprovechando esta ocasion para darle nuestro insignificante pero sincero pláceme por su escelente trabajo.

«Estos dependientes se hallan divididos en clases independientes entre sí, y aun hostiles, como son practicantes, enfermeros y mozos. Los primeros cuidan de asistir á la visita del médico, y de dar á los

---

(1) De la Beneficencia pública en España.

enfermos las medicinas que aquel receta, haciendo tambien las curas en las dolencias que las requieren; los segundos son los encargados del régimen dietético de los dolientes; y los terceros de la limpieza de los enfermos, de las salas y del establecimiento.

»Resulta de esto que el enfermero, no conociendo tan perfectamente como debiera los enfermos á los que se prescribe un alimento, suelen dárselo á otro, y que los mozos, zafios y bruscos como suelen serlo todos, manejan y tratan á los enfermos con la misma desenvoltura y falta del necesario cuidado, como si todos ellos fueran costales de paja, segun la gráfica frase con que suelen espresarse ellos mismos.

»Respecto de los practicantes, el mal que proviene de su organizacion actual es mucho mas grave. Elegidos entre los estudiantes que cursan medicina, cirujía y farmacia, solo pueden prestar su servicio en el establecimiento por muy poco tiempo..... Así es que cuando han empezado á servir de auxiliares mas útiles al médico ó farmacéutico por la práctica que van adquiriendo, se ausentan, y salen del Hospital.

»Con esto resulta un movimiento tan continuo de entrada y salida de practicantes, y faltas tan continuas de asistencia, ya por razon de los estudios que tienen que cursar, ya por enfermedades, y ya tambien por ocupaciones familiares, que para que el servicio de las salas se halle un poco ordenado, se ve el Hospital en la necesidad de sostener doble ó triple número de practicantes que los que hacen falta. Los enfermeros (Obregones) no poseen metódicamente los conocimientos mas rudimentales de la ciencia de curar, con lo que se ven espuestos los enfermos á que, por consecuencia de sustituciones repentinas ó por distracciones involuntarias en el Obregon mas celoso y mas inteligente, se cometan en ellos faltas de muy graves consecuencias, como suele suceder algo á menudo.

»De esto se deduce, como no puede menos, la urgencia de establecer el servicio de los hospitales bajo otras bases que sobre las que lo están ahora, no solo en bien de los enfermos mismos, sino tambien para disminuir los inmensos gastos que un número tan crecido de dependientes trae consigo, no solo por el importe de sus adehalas y salarios, sino tambien *por cosas de otra clase y entidad, bien conocidas de todo el mundo.*»

Lo que dice el Sr. Blanco, lejos de ser exajerado, no llega á espresar toda la verdad, aunque la deja suponer. Bien sabida es la imposibilidad (hasta ahora) de que estén siempre de guardia los practicantes de guardia, que como jóvenes y célibes quieren fiestas y tienen diversiones los dias clásicos, y devaneos todos los dias.

Sabida es la frecuencia con que los enfermeros dan una medicina por otra, matando en algunos casos, por desgracia no muy raros, á los enfermos. Los tribunales han entendido alguna vez en estos crímenes, pero es casi imposible que lleguen á su conocimiento: el que bebe una medicina para uso externo, ó toma un calmante en cantidad que le convierte en tósigo, no va despues de muerto á acusar á su matador.

Cuando un desdichado sucumbe, se dice:—el número tantos ha muerto,— se estiende la papeleta, poniendo al dorso la enfermedad que padecía, y la *media* firma del médico. ¡La muerte del que muere en un hospital, no parece que es cosa que merezca la firma entera del facultativo que de ella certifica! Por la poca importancia que se le da, se comprenderá la imposibilidad de que se averigüe si ha sido consecuencia de algun criminal descuido.

El Sr. Blanco propone (y nosotros estamos de acuerdo con todo lo esencial de su pensamiento), que en lugar de practicantes y Obregones se cree una escuela de enfermeros, que no podrán serlo sin sufrir un examen en que acrediten los conocimientos necesarios.

Deberia crearse una nueva carrera, la de enfermeros, y con el título de tales, y prévia informacion de buena conducta, obtendrian las plazas de enfermeros en los hospitales: deberian estar bien retribuidos, tener ascensos, derechos pasivos en caso de inutilidad, categoría diferente por antigüedad, y la necesaria para establecer orden, pero no por razon de conocimientos, porque á todos se exigirian tantos como necesita el que mas debe tener. La esperiencia dice, que en la práctica se confunden, con mucho perjuicio de los enfermos, estas categorías. No deberia haber mas que dos, tan distantes una de otra, que no sería posible que se confundieran: enfermeros y mozos. Los últimos no deberian ni *tocar* siquiera á los enfermos, limitándose á la policía de las salas, y á llevar y amortajar los muertos. En Suiza, en los cantones en que no hay Hermanas de la Caridad, se han procurado suplir estableciendo una escuela de enfermeras, donde las alumnas estudian tres años: esta institucion está dando los mas satisfactorios resultados. Mejor sería que la caridad acudiese á todas las necesidades del dolor; pero ya que no siempre pueda conseguirse, procúrese al menos que los encargados de cuidar á los enfermos, en vez de ser gente soez, grosera é ignorante, sean personas educadas, con los conocimientos necesarios, que se aprecien á sí mismos, y merezcan y tengan el aprecio de los demás; que vean en el hospital todo su porvenir, y sean de bastante edad para no caer en las lijerezas de la juventud. Al principio el cuerpo se compondria de jóvenes, pero al cabo de algunos

años habria personas adultas, y mas adelante de edad madura, como se necesita en muchos casos. La asistencia de los estudiantes en las salas de mujeres tiene inconvenientes tan graves, que no comprendemos cómo no se ha pensado en buscar remedio á un mal que con tanta urgencia lo reclama.

Recomendamos muy encarecidamente á la Diputacion provincial una reforma que no puede hacer por sí, pero en la que podria influir con su prestigio; y solo con que la deje iniciada, creemos que mereceria y obtendria muchas bendiciones de los amantes de la humanidad.

Si la escuela de enfermeros se estableciese, deberia serlo tambien de enfermeras. La esperiencia dice, que los institutos religiosos que tienen por objeto la asistencia de los enfermos, no bastan á las necesidades; además, debe instruirse á las mujeres á fin de que sean auxiliares inteligentes, para que las personas de su sexo no necesiten los cuidados de practicantes y enfermeros, y para limitar en todos los casos, cuanto sea posible, la necesidad de emplear hombres en ocupaciones mucho mas propias de la mujer.

La honestidad exige, como hemos dicho ya, que las salas de mujeres que están á cargo de los Obregones, se pongan al cuidado de las Hermanas de la Caridad, aumentando su número, tanto por este concepto, como para devolverles el cuidado de la despensa, cocina y ropero. No insistimos sobre la conveniencia de esta medida, que la Diputacion adoptará tan pronto como deseche prevenciones injustas, y no interrogue mas que á la razon y la esperiencia.

La limpieza, como cosa tan importante en un hospital, deberia empezar por exigirse en su persona á todos los empleados y dependientes. Se dice que hay ciertos oficios tan sucios de suyo, que no pueden estar limpios los que á ellos se dedican; responderemos que las Hermanas de la Caridad los desempeñan con sus tocas muy blancas, y sin una mancha en su delantal. Se dice que nuestro pueblo es sucio: cierto, pero es muy educable; bien limpios están los galones blancos de la Guardia civil.

Con un buen Director que hiciese cumplir un buen reglamento, con auxiliares elegidos entre las personas honradas, que tuvieran la seguridad de conservar sus puestos si cumplan bien, y de ser arrojados de ellos si faltaban á su deber; con dejar la mayor intervencion posible á las Hermanas de la Caridad, creemos que el cuidado de los enfermos y su alimentacion, si no sería desde luego lo que debia ser, se mejoraria mucho. De esta mayor intervencion de las Hermanas de la Caridad resultarian grandes economías, y tambien podrian hacerse mejorando la administracion, para que fuese

sino perfecta, que no es posible con los elementos que hoy tiene, se acercara cuanto fuese dable con ellos, á la perfeccion. Resumiremos lo que llevamos dicho acerca de las reformas del Hospital General que pueden llevarse á cabo, haciendo economías en vez de exigir gastos, porque el aumento de sueldo del Gefe del establecimiento sería cosa bien insignificante para las ventajas aun pecuniaras que produciria una buena direccion.

1.º Nombramiento de un Director con las condiciones que debe tener, las atribuciones que necesita, y la seguridad de no ser separado sino mediante formacion de expediente.

2.º Nombramiento de auxiliares de todas clases, teniendo en cuenta la moralidad y aptitud, separándolos si faltaban á su deber, despues de haberlo probado, y conservándolos si cumplian bien.

3.º Modificar y completar el Reglamento vigente.

4.º Establecer salas de convalecencia.

5.º Dar papeletas á los que visitan, y pedir las á la salida, para que no pudieran salir y entrar los enfermos confundidos con el público.

6.º Exigir la limpieza, primero en su persona, á todo empleado en la casa, y despues en la dependencia que tuviese á su cargo.

7.º Devolver á las Hermanas de la Caridad las dependencias que se les han quitado, y el cuidado de todas las salas de mujeres, inclusa la de presas.

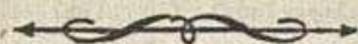
8.º Tratar de establecer una escuela de enfermeros y enfermeras; cuando los que de ellas salieran entrasen en el Hospital como auxiliares, se podrian hacer radicales reformas, y realizar grandes economías.

Hemos dicho todo lo que á nuestro parecer podíamos y debíamos decir con respecto al Hospital General. Lo hemos dicho sofocando todo movimiento apasionado, toda apelacion á la sensibilidad, y suprimiendo los párrafos en que hablaba nuestro corazon su natural lenguaje. El que hemos empleado no nos parece nuestro, ni de ninguna persona que siente mucho cuando trata de los que mucho sufren. Esto lo hemos hecho por temor de que nuestra vehemencia perjudicase á nuestra justicia, habiendo visto mas de una vez, calificadas de exageraciones las verdades sentidas. Mas despues de haber pasado con aparente calma esta larga revista de abusos, que significan desdichas, séanos permitido romper, para concluir, esta especie de mordaza, y decir cuánto nos ha costado tratar sin ayes, asunto tan dolorido. Séanos permitido apelar al sentimiento y á los nobles impulsos; implorar compasion de las almas compasivas, cooperacion de la prensa, é iniciativa generosa é ilustrada de la Di-

putacion Provincial. Séanos permitido recordarle tantas y tantas torturas como aplican al pobre enfermo el descuido, la ignorancia, la dureza, el interés y la codicia feroz. Séale permitido á la muger dejar correr el llanto largo tiempo contenido, y creer que las lágrimas son tambien un argumento cuando se trata de desdichados, con hombres de corazon.

*Concepcion Arenal.*

## HISTORIA DE UN CIEGO.



Hoy vamos á dar una prueba del poder de la caridad, no enumerando los asilos para el dolor de que ha cubierto la tierra, ni las sagradas legiones de criaturas compasivas que á ella se consagran, sino refiriendo su influencia sobre un hombre. La trasformacion que en él ha verificado parece sueño de la fantasía, y no obstante es la palpable realidad. El hecho que vamos á referir nos consta; muchas personas respetables le saben como nosotros; y si callamos nombres, fechas y lugares, es por razones que nuestros lectores comprenderán fácilmente. En este drama, á la vez terrible y edificante, todo es extraordinario; el suceso en sí, sus detalles, sus consecuencias, y sobre todo, lo que ha logrado el influjo de una caridad dulce, fervorosa, insinuante, angelical.

### I.

A la caída de una fría tarde de Enero, un hombre joven todavía, aunque parece no serlo por arrugas precoces en su rostro y canas anticipadas en su cabeza, camina lentamente por una hondonada, sitio solitario inmediato á una gran poblacion. Hay en su aspecto, en su palidez cadavérica, en su semblante contraído, en su mirar extraviado, algo que revela el demente ó el criminal.

Y así es; mezcla de demencia y de crimen, aquel hombre vigoroso, y en el lleno de sus fuerzas vitales, destinado tal vez á vivir muchos años, aquel hombre va á matarse.

Desgracias antiguas y recientes, un carácter tétrico y misántropo, le han perturbado hondamente; falta de fe religiosa que le dé fuerza y consuelo, se halla abrumado por el dolor. Ha leído mucho, y mucho malo; las creencias que su madre le inspiró en su niñez, han cedido ante ese materialismo escéptico que dice al hombre: *No hay mas allá*; y creyendo como verdad este monstruoso error, y

sintiéndose débil contra el infortunio, cae cobardemente en el camino de la vida, y se dice: *Estoy cansado de luchar; descansemos en la nada.*

Con esta idea, y con mentida calma, como el viajero fatigado que quiere entregarse al sueño, saca un revolver y se apunta á la sien.....

No hay nadie que le vea y pueda detener aquella mano homicida..... Suena un tiro.... Aquel infeliz, á quien llamaremos Gabriel, cae bañado en sangre.

## II.

¿Qué sucedió? Todo lo contrario de lo que estaba en la prevision humana. Cae el triste sobre la nieve; la bala, dirigida por una mano que sin duda temblaba, en vez de atravesarle las sienes, entró por junto al ojo derecho y salió por el izquierdo, vaciándolo.

Solo, ciego, desangrándose, nadie creerá que pudiese vivir, y menos aún el que esa vida se prolongase cuatro dias en el mas completo abandono. Sin comer, sin beber, helado casi y sin duda presa de una fiebre delirante, segun se infiere de lo que luego ha contado, no conserva de aquellos cuatro terribles dias mas que el recuerdo confuso de fantasmas que pasaban por su cerebro enardecido, y el de una sed horrorosa, que le hacia arrastrarse penosamente en busca de un poco de nieve.

A los cuatro dias un guarda de campo le vió, le habló; Gabriel le contestó casi espirante pidiéndole agua, y el guarda le llevó medio arrastrando á su cabaña. En ella le dió agua, y una sopa probablemente detestable, pero que Gabriel recuerda como el manjar mas sabroso, y dice que le volvió á la vida.

En honor de la verdad, y no de la especie humana, debemos decir que el guarda, si obedeció primero á un impulso generoso, cedió despues á otro ruin y culpable. Gabriel llevaba reloj y algun dinero en el bolsillo.....

Apenas habia devorado la sopa y saciado la sed, el guarda le intimó que no podia permanecer allí, porque estaba ensangrentado, y temia que la Justicia le hallase en su casa. Le cogió de nuevo y le llevó otra vez al sitio donde le habia encontrado; pero al llegar allí Gabriel, no tenia ya ni reloj ni dinero.

Pasó la quinta noche de tortura y abandono. Al amanecer, un mendigo que le vió, se acercó á prestarle socorro, le ayudó á andar, porque tenia los pies helados, y le acompañó hasta un ventorri- llo, donde fue atendido con interés; se buscó un carruaje y se le condujo al hospital, colocándole en un cuarto de distinguidos.

Lo que Gabriel habia sufrido no hay pluma capaz de describirlo; pero lejos de arrepentirse por ello de su pensamiento suicida, se aferró mas á él, y cuando entraba en el hospital, experimentó una salvage alegría al tentarse el bolsillo, y ver que conservaba un cortaplumas. Con esto, pensó, podré fácilmente degollarme en el momento en que me dejen solo.

### III.

Dios tenia dispuesto otra cosa. Mientras el hombre queria destruir su obra, Dios la sostenia de una manera prodigiosa, y parecia decir á la caridad: Acércate á ese desdichado culpable, y sálvale.

Almas compasivas, personas que habian conocido á Gabriel y supieron su desgracia, señoras distinguidas, y sobre todo una joven, á quien llamaremos María, entusiasta por todo lo bueno y elevado, se acercaron á aquel lecho, donde habia un cuerpo destrozado y una alma extraviada. Aquel hombre, ciego, con los pies helados, viéndose ya en ellos el principio de la gangrena, personificaba la desesperacion: sano y fuerte quiso morir; herido, ciego y mutilado, maldecia mas que nunca la poca vida que le quedaba.

Las personas que hemos citado, una hermana del enfermo, que acudió de muy lejos al saber su desgracia, y sobre todo, la joven María, emprendieron la santa mision de curar el alma de Gabriel, mientras los médicos trataban de curar en lo posible su cuerpo. ¡Tarea inmensa, que parecia superior al humano esfuerzo! Pero ¿qué hay imposible para la caridad cristiana y la abnegacion generosa?

Empezaron por cuidar asiduamente al enfermo, cual verdaderas Hermanas de la Caridad; por darle el alimento con sus propias manos; por atenderle en todas las necesidades del dolor físico y de su triste situacion. Despues María, cual fervoroso misionero, hizo llegar á los oidos del pobre ciego esas palabras de dulce y tierna compasion, que solo salen de los labios de una muger. Tras de estos consuelos, María le habló de Dios, de un sufrimiento que regenera, de un arrepentimiento que borra, de una misericordia que perdona, y de una resignacion que tiene poder para calmar todas las penas y para suavizar todos los dolores.

Aquel lenguaje tan nuevo para Gabriel, le hacia el efecto del agua á un sediento; ciegos sus ojos á la luz del sol, empezaron á abrirse á la luz de la razon y de la fe.

Repetidas estas escenas y estos asíduos cuidados durante dias y semanas, mientras el cuchillo cortaba al enfermo todos los dedos de los pies para contener los progresos de la gangrena, mientras sus

ojos seguian en una noche perpétua, su alma acogió las palabras y los consejos de la piadosa María; y lo que tal vez no hubiera logrado una exhortacion severa, lo consiguió la voz dulce é insinuante de una muger caritativa.

¡Qué hondas reflexiones conmoverian aquella alma enérgica en ese tránsito de la duda á la fe, de la desesperacion á la esperanza! Gabriel no ha contado estos detalles íntimos de la revolucion moral que se operó en todo su sér. No es difícil, sin embargo, comprender que, dado el impulso, patente la mano de Dios que le salvó milagrosamente de la muerte, y le dió luego el ángel de la compasion por guia y la voz de la caridad por consuelo, Gabriel siguió ese guia y aceptó ese consuelo, no con la docilidad del niño inconsciente, sino con la conviccion del hombre pensador, porque lo era, y tenia instruccion é inteligencia.

La reaccion fue ya entonces completa; al ateismo sucedió una fe ilustrada y ardiente; á la desesperacion, la conformidad relijiosa mas admirable; y aquel semblante tétrico, irritable y feroz, se vió reemplazado por una sonrisa celestial, y por un bienestar interior que le hacia insensible á los dolores físicos.

Decia con la mayor sencillez: «Yo tenia vista, salud y medios de subsistencia; podia gozar de la vida, y quise quitármela. Ahora estoy ciego, imposibilitado de andar, sin recursos, reducido á ser una carga para mi familia; y sin embargo, siento un bienestar inesplicable, gozo de la vida, y prefiero mil veces esta ceguera material, á la ceguera moral en que antes me hallaba sumido. ¡Que Dios sea bendito!»

Esta exclamacion, que no es de vanas palabras, porque las acciones la confirman; esta vida tan triste, aceptada alegremente por el que en mejores condiciones buscaba la muerte; las serenas regiones donde mora esta alma que habia caido en el abismo, todo prueba el poder de la caridad, que puso al suicida ya convertido en brazos de la religion.

Antonio Guerola.

## LA CARIDAD EN LA GUERRA.

*Anales de la Asociacion internacional de socorro á los heridos.*

Con este hermoso título, y el santo lema de *Los enemigos heridos son hermanos*, ha empezado á publicarse en Pamplona un periódico

mensual. Creemos que toda la prensa le acogerá como amigo, LA VOZ DE LA CARIDAD le saluda como hermano, y si no le presta el apoyo que los débiles no pueden dar, le ofrece su aprobacion entusiasta, su cooperacion decidida, y la seguridad de que combatirá á su lado por la mas santa de las causas. Aunque muy brevemente, por no permitirnos hoy otra cosa la falta de espacio, vamos á dar alguna idea de lo que es la Asociacion internacional para socorro de los heridos, por si nuestros lectores no han visto el escelente trabajo publicado en la *Revista de España*, y suscrito por el Sr. D. Nicasio Landa, dignísimo director del periódico cuyo título encabeza estas líneas.

Los campos de batalla en las últimas guerras de Europa, han ofrecido el cuadro mas doloroso y desgarrador; los medios de destruccion son tan poderosos, que bastan algunas horas para cubrir de muertos y heridos una estension de muchos kilómetros. Escuchemos lo que dice el Apóstol de la caridad en la guerra, Enrique Dunant, en el *Recuerdo de Solferino*. Tomamos estos párrafos de la traduccion del Sr. Landa.

«Los caballos pasan al galope destrozando con sus herrados cascos á los muertos y á los moribundos: á un pobre herido le arrancan la quijada; á otro le estrellan la cabeza; y á otro, que aún hubiera podido salvarse, le hunden las costillas. Entre el relinchar de los caballos se oyen vociferaciones y gritos de rabia, aullidos de dolor y desesperacion; pero aún falta algo: tras la caballería viene la artillería á escape, abriéndose paso á través de los cadáveres y de los heridos que revueltos yacen por el suelo; entonces saltan los cerebros, quedan molidos los huesos, empapada en sangre la tierra, y cubierta de miembros palpitantes la llanura.

«El sol del dia 25 iluminó uno de los espectáculos mas terribles que pueden presentarse á la imaginacion: los desgraciados heridos que se van recogiendo en todo el dia, están pálidos, lívidos, aniquilados; unos tienen la mirada estraviada, y no entienden lo que se les dice, pero esta postracion no les impide sentir sus dolores. Otros están inquietos, y agitados por una conmocion nerviosa y un temblor convulsivo; otros con sus heridas abiertas, que han comenzado á inflamarse, están como locos de dolor, y piden que se les acabe de una vez. A todo esto la sed aumenta.....

.....  
 hay agua y víveres, y sin embargo los heridos se mueren de hambre y de sed; hay hilas en abundancia, pero no hay quien las aplique sobre las heridas.

«Si hubiera habido brazos suficientes para levantar á los heridos en los campos de batalla, no hubiera permanecido el dia de San Juan en el amargo temor del abandono, aquel pobre versagliet, aquel hulano ó aquel zuavo, que procurando levantarse con atroces dolores, en vano hacia señales desde lejos para que le llevaran una camilla. Por último, no hubiera ocurrido la horrible posibilidad de enterrar al dia siguiente algunos vivos entre los difuntos, como desgraciadamente es muy de temer que sucediera.

«De la horrible carnicería de Solferino, del espantoso abandono de los heridos en el campo de batalla, sentidos por corazones gene-

rosos y compasivos, han salido las *Conferencias de Ginebra*, santo congreso, en que la compasion ha discutido las necesidades del dolor, poniendo en evidencia:

1.º La horrible y casi instantánea obra de destruccion, consecuencia de las armas modernas, y del gran número de combatientes que los grandes ejércitos y la facilidad de las comunicaciones permiten concentrar en un punto.

2.º La insuficiencia de la administracion para auxiliar debidamente á los heridos.

3.º La necesidad de que la caridad se organice, y que sus voluntarios acudian á los campos de batalla, provistos de cuantos medios la civilizacion puede poner á su servicio.

4.º La necesidad de que los heridos, los que van á socorrerlos y el material de sanidad, sean considerados como neutrales.

Estos acuerdos de las Conferencias de Ginebra eran el grito de la conciencia general; pueblos y gobiernos se apresuraron á cooperar á la obra santa, y brotaron por todas partes adhesiones oficiales y asociaciones caritativas. Ya prestaron grandes servicios en la carnicería de Sadowa, en aquel campo de muerte donde habia mas de 40.000 heridos. Todavía no se habia firmado el Convenio de Ginebra, cuando la sociedad prusiana, formada sobre la base de los Caballeros de San Juan, se multiplicaba, llevando consuelos y socorros á todas partes, y cargando largos trenes con todo lo que puede ser necesario ó útil en un hospital, y hasta con lo que es solamente agradable, porque no se olvidaban las remesas de cigarros: en estos trenes iban tambien los voluntarios de la caridad.

Todos los estados de Europa (menos uno) han firmado el Convenio de Ginebra; por él son neutrales, el material de sanidad, los heridos, los que los auxilian y el techo que los alberga; un ejército formidable se detiene ante la débil choza en que ondea la bandera blanca con cruz roja, en señal de que hay heridos. La antigüedad decia: ¡Ay de los vencidos! La edad media armaba sus caballeros para ampararlos; el mundo moderno los declara sagrados. Que esta idea consoladora nos aliente en la lucha que la compasion sostiene contra la dureza.

La falta de espacio nos obliga á hacer punto por hoy, y terminaremos como hemos empezado, saludando con toda la efusion de nuestra alma á *La Caridad en la Guerra*.

## ANALES DE LA VIRTUD (1).



### RESIGNACION,

#### I.

En la ciudad conocida  
De todo el orbe cristiano

Por venerarse allí el cuerpo  
Del Apóstol Santiago,

(1) Este título hemos dado á una coleccion de romances en que se consignan altos ejemplos de virtud y caridad, cuya lectura no nos parece im-

Y en una tarde apacible,  
 Cerca ya el sol de su ocaso,  
 Van dos hombres por la calle  
 Y se encaminan al campo.  
 Ninguno de ellos es joven,  
 Ninguno tampoco anciano,  
 Y á juzgar por el aspecto  
 Son caballeros entrambos.  
 Se lee en la vasta frente  
 Del que tiene menos años,  
 Mas que la huella del tiempo,  
 De algun pesar los estragos.  
 ¿En qué piensa? ¿Por qué sufre?  
 Imposible adivinarlo.  
 Parece aquella existencia  
 Como un espacioso campo  
 En que pueden combatirse  
 Mil afectos encontrados,  
 Y en su procelosa alma,  
 Como en el mar agitado,  
 Da el impulso el huracán  
 Y sirve de luz el rayo.  
 Todo revela en su aspecto  
 Grave, triste, concentrado,  
 Un vehemente corazon  
 En lucha con males largos.  
 Respeto á su compañero,  
 Mas no le respeta tanto

Que al escuchar sus consejos  
 No responda en tono amargo:  
 ¿Es nuestra vida un problema  
 A fórmulas ajustado?  
 ¿Basta para ser dichoso  
 Cubrir con purpúreo manto  
 Hondas llagas cancerosas  
 En el pecho desgarrado?  
 Si nadie sabe la hiel  
 Que en mi triste cáliz hallo,  
 ¿Quién beberla alegremente  
 Puede ordenarme insensato?  
 Se ostentan fáciles triunfos  
 Con débiles adversarios,  
 Y algunos que están vencidos,  
 Mas que el vencedor lucharon.  
*Resignacion es consuelo,*  
 No á todos hallarle es dado,  
 El que resignarse puede  
 Es porque no sufre tanto.  
 Así habló la voz siniestra  
 Del dolor desesperado.  
 Por dos almas afligidas  
 Sus ecos se prolongaron,  
 Y despues hubo el silencio  
 Triste, y abatido y largo  
 Del que no escucha razon  
 Y del que la dice en vano.

## II.

A la izquierda de la via  
 Por donde van caminando,  
 Hay un edificio humilde,  
 Poco estenso y aislado,  
 Sin huerto ni cobertizo;  
 Ni pozo tiene, ni establo,  
 Ni un perro para guardarle,  
 Ni un niño para alegrarlo.  
 No es casa de labrador,  
 Venta, posada ni estanco,  
 Ni ermita, porque no hay cruz  
 Ni señal de campanario.  
 Jamás se perciben dentro  
 Voces alegres, ni cantos,  
 Y cual si nubes formase  
 El dolor acumulado,

Parece que allí hay tinieblas  
 Hasta en los dias mas claros.  
 ¡Qué mucho, si la amargura  
 Cubre con su negro manto  
 La pobre casa que habitan  
 Los tristes elefanciacos!  
 Allí arrastran los leprosos  
 Su vivir atribulado,  
 De la ciencia sin auxilio,  
 De la piedad sin amparo.  
 Sus ayes mueren sin eco,  
 Ninguno enjuga su llanto,  
 Y en su misero abandono  
 Y en su desconsuelo amargo,  
 Alguna vez dudarán  
 Si viven entre cristianos.

propia de nuestro periódico. Estas relaciones en verso, están ajustadas á la mas exacta verdad; son un pálido reflejo de ella. La mayor parte de los hechos constan en los premios dados solemnemente á la virtud; para los que no están en este caso, como sucede con el presente, invocaremos el testimonio de personas verídicas. El leproso que nos ofrece tan sublime ejemplo de resignacion, descansa ya en el Señor. Se llamaba Pedro: hemos olvidado su apellido. Habia sido soldado. Entre las varias personas que con nosotros le admiraron, recordamos á nuestra querida amiga la Sra. Condesa de Mina, al Sr. Don Antonio Casares y á su hija Doña Valentina.

A la puerta de esta casa  
 Los dos hombres se pararon;  
 Uno sabe quién hay dentro,  
 Otro parece ignorarlo,  
 Y al ver á su compañero  
 Entrar, sigue sin reparo.  
 Los enfermos que allí sufren  
 Son en número de cuatro;  
 Tres pueden dejar el lecho,  
 Otro yace en él postrado.  
 Allí vive, nuevo Job,  
 Allí sufre ha muchos años,  
 En su miserable cama,  
 En su tenebroso cuarto.  
 Por la horrible enfermedad  
 Rendido y encadenado,  
 Todo cubierto de llagas,  
 Fétido, deforme, tanto  
 Que su rostro carcomido  
 Y sus escamosos brazos,  
 Rostro ni miembros parecen,

Ni tienen aspecto humano.  
 No hay en su mísero cuerpo  
 De una pulgada el espacio  
 Que no emponzoñe la lepra  
 Ni que se halle limpio y sano,  
 Ni donde apoyarse pueda  
 Para procurar descanso.  
 Es un sér que al verle inspira  
 Horror, compasion y asco;  
 Es una costra ulcerada;  
 Es de podredumbre un saco.  
 A su lecho, que de tumba  
 Tiene el siniestro aparato  
 Con el horror de la muerte,  
 Sin la paz de su descanso,  
 Provistos de luz incierta  
 Los dos hombres se acercaron,  
 El más joven con asombro,  
 Con tristeza el más anciano,  
 Que no es la primera vez  
 Que allí encamina sus pasos.

## III.

Aquel sér que para el mundo  
 Ha caído tan abajo,  
 Está para la virtud,  
 Está para Dios muy alto.  
 En su vida, en su martirio  
 Tan espantoso y tan largo,  
 Donde respira tormentos  
 Por sus poros lacerados,  
 Ni maldiciones ni quejas  
 Han salido de sus labios.  
 A Dios alza el corazón,  
 A Dios levanta los brazos,  
 Bendice su providencia,  
 Y reconoce su mano  
 En lo justo del castigo  
 Que merecen sus pecados,  
 En la fuerza que le alienta  
 Para llevar sus trabajos,  
 En la fe, que le demuestra  
 Que es la vida un breve paso,  
 Y el mundo un triste destierro,  
 Y él un pobre desterrado.  
 En el ejemplo sublime  
 De mártires y de santos,  
 Y en la divina esperanza

Que le alumbra con sus rayos,  
 El cuerpo en lúgubre cárcel,  
 El alma por el espacio;  
 Los miembros en duro potro,  
 El pensamiento gozando;  
 La materia corrompida,  
 El espíritu elevado  
 Es de Dios la pura imagen  
 En su cubierta de barro,  
 Es el hombre maldecido,  
 Es el hombre rescatado,  
 La nada y el infinito,  
 Lo más vil y lo más alto,  
 La mísera criatura,  
 Y el Hacedor Soberano.  
 El triste que se quejaba  
 No ha mucho desesperado,  
 Atónito y confundido  
 Ante aquel sublime cuadro,  
 Aprendiendo en un ejemplo  
 Lo que no enseñan los sabios,  
 Cayó humilde de rodillas,  
 Y con voz que embarga el llanto,  
 —Señor! dijo, estoy contrito,  
 Señor, estoy resignado.—

*Concepcion Arenal.*